

## *El Crimen, Quintacolumna de la Economía Occidental*

*Por Carlos M. ROSENQUIST, de la Universidad de Texas, Estados Unidos de América.—Colaboración Especial para el Instituto de Investigaciones Sociales, vertida del inglés por Angela Müller Montiel.*

EL trabajo que realiza para vivir ha sido siempre la principal preocupación del hombre, y, cuando se da un vistazo a la historia actual, queda de manifiesto que cada vez va siendo más y más importante.

Comienza como un proceso de nomadismo, de búsqueda de los mejores puntos en el ambiente natural; continúa la tarea nunca terminada, a través de las etapas de la caza, la pesca, la agricultura primitiva, hasta llegar a la práctica de las artesanías más avanzadas.

El sistema económico del mundo occidental —ya casi totalmente industrializado— es el complejo más intrincado de relaciones humanas que se haya desarrollado hasta ahora. Es difícil que cualquier individuo, en el mundo entero, escape a sus efectos.

Además, nuestra dependencia respecto del mismo, ha llegado a ser casi absoluta: sólo una población muy reducida podría existir sin dicho sistema. Si no fuera por la eficiencia que se ha logrado a través de la excesiva división del trabajo y del amplio uso de fuentes no humanas de energía, apenas si podría sobrevivir una pequeña parte de los tres mil millones de personas que habitan la Tierra. Por lo tanto, resulta esencial que este sistema siga funcionando.

Esto no es fácil, pues, al aumentar la complejidad en el sistema, han surgido problemas que amenazan su continuidad; problemas que, si no se resuelven por lo menos parcialmente, pueden producir una

catástrofe y el caos mundiales. Lo primero que viene a la mente, como gran peligro, es la guerra; pero también existe el peligro del crimen. Aunque menos espectacular en sus ataques, de todos modos es peligroso, puesto que puede precipitar la guerra o las condiciones que conducen a la guerra.

Este artículo tiene como principal propósito considerar algunas de las relaciones que existen entre el crimen y la economía.

Al crimen no siempre se le considera como un obstáculo para nuestras instituciones económicas. Estas están formadas por unidades aparentemente indestructibles, como la propiedad, las obligaciones de patronos y empleados, la fe en el valor de la moneda y en el respeto de los contratos. Pensamos que, automáticamente, durarán para siempre. De cualquier manera, no consideramos que el crimen sea una grave amenaza para nuestra economía. Mientras temblamos de miedo ante el comunismo, raras veces pensamos que el crimen pueda ser, y sea, algo más que una molestia lamentable.

Posiblemente, en el pasado, este punto de vista haya estado bastante cerca de la verdad y haya sido, por ello, sostenible. Mientras el hombre común pudo comprender el sistema en su integridad, se dio cuenta de que le convenía sostenerlo. Pero, con el advenimiento del industrialismo, nuestra vida económica se ha hecho tan complicada, tan extensa y tan cambiante que nadie puede comprenderla en todas sus ramificaciones.

En este punto, resulta útil mencionar algunos de los cambios que han producido la actual situación.

La relación entre el trabajo y el producto económico final, que antes era clara para el obrero común, se va volviendo cada vez más oscura. El hombre de las cavernas comprendía fácilmente que mientras más buscara, encontraría más y mejores raíces o pescados. Reconocía que también influía en su caza la suerte —mala o buena— pero sabía que el principal factor era su propio esfuerzo.

Ahora, como todo el mundo sabe, la gente parece que no se preocupa de los asuntos puramente incidentales, como, por ejemplo, la compra, la venta, los anuncios, los transportes, la enseñanza, la recolección de estadísticas. Aun a quienes se ocupan ostensiblemente en la producción (como los obreros que mueven las máquinas en una fábrica) les puede resultar difícil comprender exactamente cómo y hasta qué punto contribuye al producto final el trabajo que ellos realizan como individuos puesto que cada uno de ellos realiza sólo uno de los cientos o miles de actos separados de la producción. Además, se plantea el problema de saber si el obrero contribuye verdaderamente en algo, puesto

que no hace otra cosa que atender una máquina que es, casi completamente, automática.

También puede hacerse notar que un número considerable de individuos recibe ingresos regulares, o sea un estipendio de artículos económicos, sin que realicen ningún trabajo.

Para el hombre ordinario, resulta evidente que la gente ya no trabaja para producir algo útil para sí misma. Trabaja para obtener sueldos o salarios, y hay gente que recibe poco dinero por un trabajo duro, mientras que otros son bien pagados y realizan un pequeño esfuerzo.

Parece que no hay ya ninguna base razonable para la determinación del ingreso del hombre. La productividad, la habilidad, la herencia, la suerte, la necesidad, el favoritismo, la deshonestidad, son todos elementos que desempeñan papeles de diversa importancia en los ingresos que reciben las diversas personas. No se nota ninguna norma consistente.

El tener un determinado ingreso no significa que haya la seguridad de su continuidad. Las habilidades resultan a veces inútiles: la moda destruye el mercado, el patrón puede quebrar, la inflación resta valor al dinero. Estas y otras eventualidades pueden privar al individuo de sus derechos sobre la parte del producto económico total con que contaba para vivir. Para el trabajador ordinario, todo esto solamente puede conducir a una frustración sin esperanza a la resignación, y, en algunos casos, a la negativa a someterse a las reglas de este juego loco.

El observador más artificioso nota con alarma que la producción de artículos ya no es el principal problema en zonas más altamente industrializadas. Desgraciadamente, esto no mejora espontáneamente el bienestar general. En los Estados Unidos de América, tenemos el extraño espectáculo de un exceso de alimentos mientras que existe simultáneamente gente hambrienta. Parece que el problema ha cambiado desplazándose de la producción al consumo, o, más exactamente, convirtiéndose en problema de distribución. Esto da por resultado un gasto de cantidades increíbles de talento y energía en los esfuerzos hechos para que las ventas estén de acuerdo con la capacidad productiva.

Al mismo tiempo, los adelantos tecnológicos siguen haciendo bajar el costo de la producción en términos del esfuerzo humano requerido. El resultado ideal de esta última tendencia sería la fábrica automática, que casi no tuviera obreros y que consecuentemente, no tendría nómina de sueldos. Naturalmente que las máquinas no compran la producción de la fábrica, y sus propietarios son demasiado pocos para constituir un mercado suficiente.

Otro cambio reciente que se menciona sólo de paso es el gran aumento que han tenido los factores económicos en las relaciones in-

ternacionales. Ha existido, y parece que seguirá existiendo, una continua competencia entre las naciones por la posición económica, ya que cada una se ocupa en mejorarse a expensas de las demás. Esto crea una situación que requiere dos tipos de moralidad: uno para usarlo dentro de la nación y otro, en el extranjero. El efecto dañino que esta situación crea sobre la moral, es evidente.

Las actividades económicas del pueblo no son independientes de las actividades no económicas. Todos los aspectos de la vida de grupo están íntimamente entrelazados, de tal manera que tienden a apoyarse entre sí. Cualquier conflicto serio tiende a ser resuelto por la acomodación debida de los elementos opuestos. Ninguna práctica de grupo puede durar mucho si no está en armonía con la vida del grupo en general. Es decir, que cualquier sistema económico que funciona bien, debe tener el apoyo de casi todos los afectados por él. Los disidentes se ven obligados a conformarse por medio de diversos tipos de presiones, incluyendo, como último recurso, la fuerza. De ahí se sigue que, mientras haya mayor descontento con respecto a un sistema económico, la fuerza será usada con mayor frecuencia en cuanto método para imponer la obediencia.

Aquí es donde podemos ver con claridad el papel que desempeña la conducta criminal o delincuente, en relación con la conducta económica. Si contemplamos nuestro propio sistema, notaremos que prácticamente todos los crímenes pueden ser clasificados como económicos; es decir, que se trata de medios no aprobados para la adquisición de dinero u otra propiedad. Aun crímenes que no son directamente robo—como el fraude y el incendio—, se realizan con el propósito de obtener ganancias. Estos crímenes son cada vez más frecuentes en los últimos tiempos y, puesto que constituyen un desafío directo contra el orden económico, son motivo de seria preocupación para la sociedad. Por tanto, emprenderemos aquí un análisis de la situación a fin de que, si es posible, comprendamos cómo se origina el crimen y cuáles son sus impulsos. Lo que se debe hacer contra él es otra cuestión.

En forma especulativa, podemos suponer que el hombre primitivo casi no cometió crímenes; especialmente que no cometió crímenes de carácter económico, aunque es posible que haya violado las leyes de la caza o roto algunos tabús, con lo cual es probable que haya causado efectos dañinos a las reservas alimenticias del grupo. Sin embargo, en general, puede decirse que el crimen económico no se produjo sino hasta que existió la propiedad. En conexión con ella surgió la noción de que el obrero tenía derecho a conservar la propiedad sobre el producto de su propia industria y habilidad, hasta que deliberadamente

decidió desprenderse de él. La forma en que puede adquirirse la propiedad llegó a definirse con reglas bastante precisas. Con el aumento de la riqueza y del número de sus formas, aumentó también necesariamente el número de dichas reglas y aumentó asimismo el número de formas posibles de romperlas; cuando las reglas son apoyadas por el sistema político se convierten en leyes, y romperlas constituye un crimen.

Es más fácil obedecer unas cuantas reglas que obtener muchas reglas. El problema se intensifica en cuanto crece la complejidad del sistema económico en general. Las reglas antiguas han dejado de servir y aún no se formulan ni aplican con facilidad nuevas reglas que resulten satisfactorias. La falta de conexión aparente entre el trabajo y su producto dificulta para la mayoría de la gente llegar a determinar: 1. ¿Quién tiene derecho a una parte del producto?, y 2. ¿En qué proporción la tiene? En una fábrica de calzado ¿quiénes son los trabajadores que tienen derecho a mayor salario?, ¿quienes hacen la parte de arriba del zapato? ¿O quienes hacen la suelas? Y ¿qué diremos de quienes llevan los libros, o de quienes vendan los zapatos, o de quienes los llevan a los clientes? No existe ya un criterio sencillo para pagar a los trabajadores de acuerdo con la contribución que han dado al producto final. Lo que sucede, más bien, es que se les paga según su fuerza para contratar.

Esto introduce una relación totalmente nueva: y, con ella, las correspondientes actitudes, también diferentes. El trabajo se convierte en un artículo que se compra barato y se vende caro. Cualquier satisfacción que pudiera haber tenido un trabajador al ejecutar un buen trabajo, tiende a perderse al desaparecer toda conexión visible con el producto. El trabajador encuentra difícil conservar la antigua idea sobre la virtud del trabajo honesto. El trabajo se convierte en algo que se debe dar, en la menor cantidad posible, a cambio de un sueldo.

No puede asombrar entonces que en este punto el ingenio humano se dedique a inventar medios para arrancarle al productor, con el menor esfuerzo posible, lo más que se pueda del producto económico.

En vista de la gran importancia de nuestro sistema económico tratamos, por medio de nuevas leyes, de obligar a la gente a obtener sus ingresos por medios productivos, o por lo menos, por medios socialmente aceptables. Pero, el lento desarrollo de la moralidad no puede mantenerse a la altura o marchar al parejo del cambio, para no decir nada de adelantársele. Consecuentemente, los listos pueden encontrar frecuentemente medios legales, aunque no morales, para hacer dinero.

Muchas de las operaciones de las grandes organizaciones comerciales, características de nuestro tiempo, representan una gran actividad

que es legal, pero que sería ilegal, indudablemente, si no fuera porque hasta ahora han tenido éxito los esfuerzos hechos por estas organizaciones para impedir que las legislaturas actúen en interés del público. Los ciudadanos bien informados saben que las grandes compañías pueden influir e influyen sobre los tribunales para que éstos se inclinen a su favor. A consecuencia de esto, las finalidades de la libre competencia —a la que concedemos tanto valor— se falsean; se establecen controles monopolistas y se perpetúan fraudes fantásticos. El público está abrumado con la cantidad de artículos que se le venden, de servicios que se le prestan, a precios que hacen que resulten pequeños en comparación los robos de los ladrones convencionales. Las enormes ganancias que se adquieren de esta manera, se convierten rápidamente en fondos que pueden usarse para corromper más aún a quienes ha sido confiada la tarea de hacer y aplicar las leyes. En la mente del ciudadano que contempla todo esto, se desarrolla rápidamente la idea de que cualquier método para asegurarse un ingreso es correcto, siempre que tenga éxito. No tiene sentido de culpabilidad si engaña legal o ilegalmente; lo único que le interesa es evitar que lo descubran. Racionaliza sus actos, observando que todo el mundo hace lo mismo, y lo que lee en los periódicos parece confirmar sus ideas. Continuamente se está enterando de que personas que ocupan altos puestos, aceptan sobornos, o de que no pagan sus impuestos, o de que se han unido con otros para asegurarse las ventajas de un monopolio. Sabe de algunos casos de ricos comerciantes, de miembros del Congreso, de jueces federales y de altos funcionarios militares enviados a la cárcel por haberse demostrado que trataban de aumentar sus ingresos ilegalmente. Con estos ejemplos ante sus ojos, el ciudadano encuentra muy pocos buenos modelos a quienes imitar. Si, entonces (como casi siempre sucede), llega a la conclusión de que todo el sistema es malo, ya no lo apoya activamente, y se une a otros muchos para contribuir a su derrumbe. Esto puede hacerlo escuchando de buena gana a quienes le sugieren la conveniencia de sustituir los viejos sistemas por otros nuevos. Yo considero que los ciudadanos estadounidenses nos estamos acercando peligrosamente a esta etapa. Esto se nota claramente en la repugnancia con que los jurados condenan a quienes han sido acusados por no pagar sus impuestos, pues parece que su razonamiento es el siguiente: “El impuesto sobre ingresos es algo injusto. Todo el mundo engaña en cuanto a sus ganancias. Entonces ¿por qué ha de ser castigado este pobre hombre?” Si esta tendencia continúa, nuestro sistema económico pronto estará en verdadero peligro. No hay forma de sustituir a la ley con un sentido ambiguo de la honcstidad.

Nuestro sistema económico también se ve amenazado desde otro ángulo. Lo curioso es que esto se debe a la propia importancia que le damos a la democracia, o, quizá debiéramos decir, a la importancia que damos a la doctrina de la igualdad individual.

En los Estados Unidos de América siempre se ha tendido a reducir la importancia de las diferencias en el *status* social. Hemos ido tan lejos en algunas ocasiones que nos hemos proclamado una sociedad sin clases, aunque hemos tenido muchos ejemplos de notable movilidad social, y no ha sido raro que inmigrantes de Europa de las clases más bajas hayan llegado jóvenes a Estados Unidos de América y hayan amasado una gran fortuna y ocupado una alta posición social.

Estas dos ventajas (riqueza y posición social) tienen una fuerte tendencia a volverse sinónimas, quizá por no existir en Estados Unidos de América la cultura de gran clase ni la descendencia de antepasados nobles que con tanta frecuencia se utilizan como criterios de posición social.

Estos hechos, junto con las repetidas afirmaciones sobre la igualdad humana, han tenido una influencia significativa sobre las ideas de la gente.

Desde luego no es cierto que en Estados Unidos de América exista o haya existido una sociedad sin clases. Tampoco es cierto que tengamos igualdad de oportunidades para todas las personas. Pero hemos llegado a persuadirnos de que si no tenemos igualdad deberíamos tenerla. Los jóvenes en Estados Unidos de América consideran actualmente, en gran número de casos, que son adecuados para ascender socioeconómicamente. Esto puede verse observando el nivel de las aspiraciones que expresan. En un estudio que abarcó un gran número de muchachos en San Antonio (delincuentes y no delincuentes), casi todos de las clases inferiores, se encontró que todos ellos esperan tener ocupaciones de un nivel socioeconómico superior al de sus padres. Muchos piensan que algún día llegarán a tener un automóvil caro.

El hecho significativo en este punto, es que una gran proporción de estos jóvenes van a salir decepcionados y, si son muchos los decepcionados, sus reacciones no ayudarán a conservar la estabilidad de nuestro sistema económico.

Los jóvenes que asisten a nuestras escuelas públicas (y en Estados Unidos de América esto significa "casi todos") absorben la cultura de la clase media. La naturaleza de la vida social, tal como se presenta a los alumnos está determinado, en su mayoría, por las normas de la clase media. Desde los miembros más ancianos de la dirección escolar hasta los maestros más jóvenes, quienes manejan las escuelas son perso-

nas de clase media, que: 1. Viven en casas limpias de tamaño mediano, en barrios residenciales agradables, tienen coche, teléfono, radio y televisión; 2. Tienen dos o tres hijos; 3. Corresponden a familias en las que el padre tiene una ocupación de escritorio y la madre se dedica a las labores del hogar, y 4. Cuyo reciente origen rural (indicado por el hecho de que los abuelos vivían en una granja) prueba que tuvieron éxito en la carrera de mejoramiento socioeconómico. Se comprende que en esta sociedad ideal: 1. Existe un ingreso adecuado y regular para todos. 2. Que el futuro está asegurado y es risueño, y que 3. Se subrayan las virtudes de la aplicación, la industria, la obediencia, las buenas notas escolares, la limpieza y en general la conformidad con las normas de la clase media en todos los aspectos. Los hijos del tipo de hogar idealizado por la escuela (que son muchos) tienen —por lo general— poca dificultad para ajustarse a la situación escolar, pues, después de todo, no es más que una continuación de la vida que han conocido en su casa. Pero, para los hijos de las clases inferiores u obreras la cosa es muy distinta. Para ellos, los hogares de donde provienen resultan, en comparación, inadecuados: de normas muy bajas.

No es que los maestros les digan necesariamente que sus hogares son inferiores, es que ésta es la deducción lógica que se desprende al idealizar las normas de la clase media.

De esta manera, el niño de clase baja se encuentra ante un dilema: o repudia su pasado y acepta el nuevo sistema de valores que se le presenta, o, permaneciendo fiel a su hogar y a sus padres, se niega a aceptar lo que le enseñan en la escuela. Unos escogen un camino, otros, el otro; ninguno de los dos es fácil. Quienes son lo suficientemente inteligentes para salir bien en sus estudios es más probable que acepten las normas de la escuela, que compiten por obtener buenas calificaciones y, si lo logran, es probable que obtengan alabanzas de sus maestros. Su aceptación de los valores de la clase media frecuentemente significa que ya no se llevan bien en la casa. Sin embargo, si sigue su buena suerte, pasan de la clase baja a la clase media.

Desgraciadamente no todos los alumnos pueden hacer carrera con tanta felicidad. La mayoría de los hijos de la clase baja, de inteligencia que no es superior a la común y que no encuentran estímulo en casa, encuentran que el trabajo de la escuela es demasiado duro, y que, además, es incomprensible y aburrido, pues trata de muchas cosas que no se conocen. Estas dificultades se reflejan en sus calificaciones. Los maestros los reprenden y, naturalmente, esto les hace odiar la escuela. Como no pueden lograr allí ninguna distinción, se vuelven negativistas, niegan los objetivos del régimen escolar y esto hace que los maes-

tros les reprendan más. Algunos hijos de la clase baja pueden tomar una actitud más artificiosa o elaborada: pueden percatarse de que, para las personas de su posición, la escuela tiene poco que ofrecer, en cuanto no los prepara para la forma de vida que, con toda probabilidad, van a tener cuando sean adultos por lo que les parece que ir a la escuela es perder el tiempo. Cualquiera que sea la razón, llega el día en que el alumno de la clase baja ya no puede tolerar tanto fracaso; se vuelve flojo y a los cuantos días de esta conducta, queda tan retrasado con relación a sus compañeros que ya nunca puede ponerse al corriente. Entonces se convierte en un truhán confirmado, en un paria, en un delincuente; pronto comprende que el sistema económico, con sus reglas y pruebas no está hecho para él. Aunque se le ha enseñado que vive en un país libre, en el que todos tienen iguales y buenas oportunidades, él no ha encontrado la suya. No ve que reciba ninguno de los premios que se prometen al conformista.

En estas circunstancias, acepta fácilmente la actitud de que los valores dominantes de la sociedad están equivocados, especialmente si, como casi siempre sucede, se reúne con otros que están en las mismas condiciones. Estos jóvenes son quienes sostienen la subcultura delincuente; es decir, quienes sostienen una forma de vida, o por lo menos, un conjunto de actitudes hacia la vida, que hace tolerable la existencia para los desadaptados. Encuentran un conjunto de actitudes desarrolladas por antiguas generaciones de desadaptados, que incluyen prácticas antisociales de diversas clases y racionalizaciones que las apoyan. En ella, el muchacho rechazado se encuentra a gusto; se halla en una subsociedad en la que puede lograr el reconocimiento que todo el mundo desea y necesita. Quizá nunca se sienta en ella completamente a gusto pues los valores de la sociedad en general, siguen escogiéndole, pero, puesto que esta sociedad mayor no lo admite, no tiene otra alternativa: se convierte en un delincuente.

Desde luego que no todos los chicos de la clase baja, aunque no salgan bien en la escuela, se convierten en delinquentes. Muchos —quizá la mayor parte— aceptan los valores de la clase media y viven sin esperanza. Estos chicos, cuando son hombres, consideran que su relación con el orden económico está representada por su empleo. El empleo significa para ellos el privilegio de hacer algo que les produzca un ingreso. Es algo parecido a la franquicia que otorga una corporación de servicios públicos, con la excepción de que, desgraciadamente, casi siempre tiene un futuro menos seguro. El empleo constituye el punto en que el hombre se ase a la existencia. Perderlo puede resultar para él más terrible que perder su casa o su coche. Por lo tanto, no es

de asombrar que esté dispuesto a unirse con otros de su misma clase, para usar la fuerza legal o ilegal del grupo para asegurarse la garantía de permanecer en el trabajo, frecuentemente a expensas de la eficiencia en la producción. En su forma extrema, esto degenera en el crimen organizado, el pandillismo y la violencia de los sindicatos.

Muchos pensarán que los latrocinios cometidos por los miembros de la clase media (a los que nos referimos en la primera parte de este artículo) no han sido explicados. Si nuestro sistema económico funciona sobre la base de los valores de la clase media, ¿por qué han de tener dificultad, los hombres de la clase media, en obedecer las leyes? La situación merece un análisis.

En primer lugar, debemos hacer notar que la sociedad no está tan claramente dividida en clases como para que todas las personas puedan ser consideradas con exactitud como miembros de una clase o de otra. Además, hay muchos valores clasificados adecuadamente como de clase baja, que se encuentran también en la clase media. Esto puede ser explicado en parte, como resultado de la considerable extensión de la movilidad social que ha caracterizado a Estados Unidos de América durante el siglo actual. Muchas personas de la clase baja han logrado tener ingresos que corresponden a la clase media. Esto les ha permitido cambiarse a barrios de clase media y adquirir muchas de las características de esta clase, aunque al mismo tiempo, sigan conservando muchas características de su situación pasada. Así por ejemplo, mientras sigan considerando que está bien obtener algo con nada, siempre que se pueda seguirán siendo candidatos para aceptar tales tentaciones.

Estas tentaciones son muy frecuentes, pues las personas de la clase media y aún las de la clase alta, se ven sometidas a terribles presiones para aumentar sus ingresos. Cuando el ingreso es el principal criterio para determinar la posición en una sociedad caracterizada por la competencia más intensa, muchos hombres encuentran muy difícil conservar, para sí mismos y para sus familias, un nivel de vida que esté de acuerdo con sus aspiraciones. El latrocinio de cualquier clase (generalmente la malversación) es el recurso más socorrido. Y, mientras se emplea, más bajan los niveles generales, pues que casi todos justifican sus robos, diciendo que “¡al fin todos los cometen!”

Como consecuencia de esto, se nota un deterioro gradual de la confianza pública y, con ella, se debilita la estructura económica, hasta tal punto que su existencia se ve amenazada. Este problema no puede resolverse contratando más policías, pues los policías también son víctimas del mismo rebajamiento en el nivel moral. En los últimos años, los crímenes cometidos por los policías han sido tan frecuentes en

Estados Unidos de América que han provocado muchos comentarios, aunque hasta ahora no se ha encontrado remedio efectivo para evitarlos. Los sistemas contra-policíacos o sean las “fuerzas superiores del policía encargadas de controlar a la policía”, existen, pero como esas mismas fuerzas también tienen que reclutarse entre una población desilusionada y deshonestas, por lo mismo, tampoco se puede tener confianza en ellas.

Lo que puede suceder queda ilustrado por la huelga de contribuyentes que se realizó en Chicago durante la gran depresión. El gobierno de la ciudad se corrompió tanto que se permitieron grandes desigualdades en los impuestos: los propietarios que estaban ligados con los políticos, pudieron lograr contribuciones muy bajas. Cuando esto se supo, el público en general se negó a pagar impuestos. Desde luego que no hay manera de imponer una ley, cuando nadie la obedece voluntariamente. El resultado fue la bancarrota completa en el sistema fiscal de la ciudad. Durante dos años no se les pagó a los maestros.

En conclusión, podemos observar que sobre todo régimen económico democrático que haya en el mundo pesa una amenaza contra su existencia: la continuidad de dichos regímenes depende principalmente de que conserven la confianza del público. Si los contratos se respetan solamente por la acción de los tribunales, no tienen mucho valor. Tampoco lo tiene la propiedad si ésta tiene que ser defendida de los ladrones mediante el uso de la fuerza. El crimen de cualquier tipo, pero especialmente el de los individuos que ocupan altos puestos, destruye la confianza del público. Si se permite que aumente más allá del límite crítico, acabará por destruir nuestro sistema.

#### BIBLIOGRAFIA

- BELL, Daniel. “Crime as an American Way of Life”, *Antioch Review*, Vol. XIII (Summer, 1953), pp. 131-154.
- BENDIX and LIPSET. *Class, Status and Power*, Glencoe, Ill. (1953).
- CLOWARD, Richard A. “Illegitimate Means, Anomie and Deviant Behavior”, *American Sociological Review*. Vol. 24 (April, 1959), pp. 164-176.
- COHEN, Albert K. *Delinquent Boys*, Glencoe, Ill. (1955).
- CRESSEY, Donald R. “Changing Criminals: The Application of the Theory of Differential Association”, *American Journal of Sociology*, Vol. LXI (September, 1955), pp. 116-120.
- CRESSEY, Donald R. *Other People's Money*, Glencoe, Ill. (1953).
- MILLER, Walter B. “Lower Class Culture as a Generating Milieu of Gang Delinquency” *Journal of Social Issues*, Vol. XIV (1958), pp. 5-19.
- RIESMAN, David. *The Lonely Crowd*, New Haven (1952).
- WHYTE, Williams Foote. “Corner Boys: A Study of Clique Behavior”, *American Journal of Sociology*, Vol. XLVI (March, 1941), pp. 647-664.
- WHYTE, Williams Foote, Ed. *Industry and Society*, New York (1946).